

## ¿Investigación académica o proselitismo disfrazado?

### *Cartografía de las movilizaciones por la educación en Colombia 1998-2007*

MARÍA CRISTINA MARTÍNEZ

PINEDA

Magisterio Editorial, Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá, 2011, 362 págs., il.

LOS NOTICIEROS de televisión privada en Colombia nos han acostumbrado a una representación del docente de escuela primaria y secundaria: una persona con una pancarta, en una marcha callejera, que siempre protesta porque no le han pagado su salario a tiempo. Esta representación se complementa con otra: los maestros son personas siempre inconformes, mortificantes, que quieren “chuparse” el presupuesto público. Esta imagen la sintetizó muy bien un ministro de Hacienda que, literalmente, dijo que los maestros eran “el bolsillo roto de la nación”. Con tan desgastada valoración, es entendible que muchos jóvenes que deciden su futuro profesional señalen que tienen algo claro: no quieren ser profesores.

En Colombia hay, por lo menos, doscientos veinte mil maestros que construyen otras representaciones diferentes de sí mismos. Hay un porcentaje representativo que son normalistas, el más fuerte es el de licenciados y desde el 2002, cuando un Estatuto Docente hábilmente manipulado por intereses políticos lo permitió, ingresaron al magisterio profesionales universitarios (biólogos, ingenieros, abogados) no formados como pedagogos y que solo encontraron esta opción para vincularse al mercado laboral.

Como en todo, hay maestros buenos, regulares y malos. Estos últimos son, sobre todo, aquellos que aprendida una lección de memoria, la recitan todos los días. Se resisten a cualquier cambio en sus prácticas de aula, cierran con llave el salón para que nadie revise sus clases, no participan en programas de formación docente ni en la organización curricular de sus colegios, las TIC para ellos son recursos para muchachos

vagos y ante cualquier llamado de atención, contestan que harán una denuncia ante Fecode.

Este sindicato, fundado en 1959, adquirió durante los años setenta y ochenta del siglo pasado, un poder desmesurado al punto de que llegó a poner contra la pared a varios gobiernos del Frente Nacional y desempeñó un papel determinante en el paro popular contra Alfonso López Michelsen en septiembre de 1977. Hoy, al lado de los sindicatos petroleros, el de los maestros públicos se constituye en un grupo de contrapoder todavía representativo y un escalón de los partidos de izquierda que aspiran a alcaldías, al Congreso, e incluso a la Presidencia de la República.

El libro que reseñaremos a continuación tiene otra representación diferente de la profesión de maestro, en nuestra opinión, notoriamente parcializada, pero que debemos conocer para tratar de entender el variopinto de ideas que permiten formarse una idea más plural de la profesión docente. Es importante aclarar que este volumen es una síntesis de tres investigaciones académicas que la autora, María Cristina Martínez Pineda, profesora de la Universidad Pedagógica Nacional, ha dirigido desde hace más de una década.

Dividido en cinco capítulos (precedido de una introducción escrita por el líder sindical Abel Rodríguez y acompañado el cierre con un corpus bibliográfico y de anexos), pretende mostrar el valor del movimiento social y político de los maestros colombianos –agremiado alrededor de Fecode– entre 1998 y 2007, esto es, durante los gobiernos de Andrés Pastrana y el segundo de Álvaro Uribe Vélez.

El capítulo 1 –muy corto– resume el marco conceptual que maneja la investigación y el contexto político que la subyace, es decir, las reformas neoliberales que fueron “dictadas” –dice la autora– desde el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo a los gobiernos colombianos a finales del siglo pasado y en la primera década del siglo XXI.

El capítulo 2 –también muy breve– introduce una línea de tiempo que muestra la formación del movimiento magisterial colombiano entre 1959 y 2007. Para ser un periodo tan extenso –casi cincuenta años–, y que cubre por lo menos doce gobiernos, hubiera sido necesario escribir un capítulo más extenso y detallado. Aquí se notan las falencias metodológicas de la investigación –la autora no es historiadora profesional– y el desatino del editor que no toma la decisión de quitar esta sección carente de información de valor.

El capítulo 3 –ya más consistente– demuestra la enorme documentación que maneja Martínez, si bien no es aprovechada con rigor (de esto hablaremos al final de la reseña). La autora enumera los centenares de levantamientos de maestros en todo el país entre 1998 y 2007 (cerca de mil trescientos, pág. 72), la gran mayoría por mejoramiento de las condiciones salariales y de trabajo. Aquí queda demostrado el bajo valor social que el Estado le dio a la condición de los profesores, a quienes consideró “obreros de segunda clase” y potenciales subversivos. Paradójicamente, esta situación convirtió a muchos maestros en camaleones laborales: daban clase medio día en la escuela y durante el resto de su jornada ejercían como dueños de comercios (está el ejemplo de la mamá del narcotraficante Pablo Escobar, que tuvo tienda) o vinculados a negocios, esos sí rentables, como el transporte o el agiotaje. En este capítulo no se valora en forma suficiente el único gran momento del magisterio colombiano que fue más allá de las reclamaciones laborales: el Movimiento Pedagógico que impulsó y acompañó la gestación de la Ley General de Educación, expedida en 1994, y que en la actualidad nos rige.

El capítulo 4 analiza dos movilizaciones de los maestros que la autora considera relevantes: contra el Plan de Desarrollo de Pastrana Arango y contra la reforma a las transferencias en el 2000 que recargó en el situado fiscal

1. Este es un llamado al editor de Magisterio Editorial: los capítulos de un libro académico tienen que ser simétricos. No puede haber uno de nueve páginas y otro de ciento cincuenta.

de los municipios el pago de los salarios y las pensiones de los profesores.

El capítulo 5 –el único realmente crítico del libro– hace un balance del movimiento contestatario de los maestros durante 1997 y 2007, se distancia de algunas de las posiciones políticas de Fecode, y entrevé un panorama para la acción de los docentes que calificaríamos como reivindicativa de su papel como actores culturales en una sociedad como la colombiana en tránsito a ser una democracia participativa.

El libro de la profesora Martínez nos invita a pensar en diversos aspectos de la investigación en educación. Este texto, en particular, conjuga aspectos problemáticos que nos interesa debatir.

Primero, la escritura. Prevenidos ya con el tratamiento del tema (las “luchas” de los maestros contra el Estado por la reivindicación de sus derechos), entramos con la esperanza de hallar una prosa académica que invite al diálogo. Pero desde el principio el texto polariza: los maestros son buenos; el gobierno, malo. A los lectores interesados –y esto es lo que más me molesta– se les trata más como menores de edad que estarían de acuerdo con una tesis simplona: las motivaciones de los docentes son justas y las del gobierno, en correspondencia, injustas y sordas a la importancia de la educación. Aquí quiero hacer una pregunta: ¿para qué se hace investigación si ya de antemano se saben las conclusiones?

Esta es una actitud éticamente incorrecta del investigador y ello hablaría no solo de las limitaciones epistémicas de la investigadora, sino de pares académicos que debieron haberle llamado la atención sobre una metodología de trabajo basada en validar consignas sindicales y que, en verdad, poco aportan para saber los efectos de estas movilizaciones sociales en Colombia, que han tenido historiadores cuidadosos (cfr., por ejemplo, los trabajos de Mauricio Archila y de Fernán González, del Cinep). Obvio que este libro es político –sería ingenuo pretender que no lo fuera–, pero lo es en la peor acepción de lo “político” que es el partidismo ciego de la izquierda leninista que sigue enfrascada en “estructuras y superestructuras”. La autora no es crítica ni con los maestros ni con Fecode. No describe, no expone. Argumenta con una suficiencia arrogante:

Todo indicaba que la batalla apenas comenzaba y que las luchas venideras tendrían que ser mucho más recias y de más hondo calado si el pueblo colombiano quería derrotar al neoliberalismo y salvaguardar la educación pública de su privatización y aniquilamiento. [pág. 259]

Este no es un registro de escritura académica, propio de una investigadora con doctorado. Martínez tiene dificultades para ganar al lector como interlocutor válido. No busca informarlo e invitarlo a buscar la verdad, sino como un mero receptor que debe bajar la cabeza ante las tesis que expone. Los recursos retóricos para hacerlo son deleznable –el argumento ad hómitem, el trillado cirirí izquierdista de “ellos son lo que venden la nación” –, un moralismo ingenuo (los profesores son almas bondadosas) y una prosa seca, que se lee a tumbos.

En segundo lugar, así suene a pe-rogrullada, es necesario preguntarse por la forma como un investigador se enfrenta a su objeto de investigación. Las condiciones parecen ser tres: rigor, apertura ante el tema y espíritu interdisciplinario. No estoy diciendo que la profesora Martínez no las tenga, pero sí creo necesario reclamar que esta investigación es débil porque la autora no hace uso de recursos propios de historiador y demuestra que carece de estratos interpretativos suficientes.

Valoro que la profesora Martínez tenga un valioso acopio de documentos sobre las protestas de los maestros e, incluso, como ella misma lo indica, cuente con una base de entrevistas a varios dirigentes sindicales. ¿Por qué no se utiliza esta información? O mejor: ¿por qué no aparecen como anexos apartes de esos documentos? ¿Esto no enriquecería la bibliografía primaria y secundaria sobre el tema? Otra limitación: la rúbrica para valorar los objetivos de las movilizaciones de los docentes que aparece como anexo en la página 354 es “escolar” y maniquea. No aporta información que ayude a comprender, en la expresión de Foucault, la “hermenéutica del sujeto”. Hay una idea mecánica de las movilizaciones populares: la gente se mueve contra los gobiernos porque ya hay motivos de enfrentamiento. ¿No hubiera sido mejor utilizar una metodología como

la etnografía para entender mejor el fenómeno?

Un tercer aspecto sobre el que quiero llamar la atención es el libro como objeto. Este es otro caso de un texto académico sin aparente mediación editorial. Volvemos al tema: el editor académico cumple la tarea de gestionar y adecuar los contenidos de un manuscrito producto de un proyecto de investigación con vista a la divulgación pública. Eso lo obliga a guiar al autor para que reforme el texto en esa orientación. Aquí, al contrario, se tiene la impresión de que el texto pasó de la profesora investigadora al diseñador gráfico y que el editor le dio exclusivamente una mirada para cazar gazaros. Como es coedición empresa privada-universidad pública y la plática de impresión proviene de los impuestos que pagamos los colombianos, se debe tener cuidado con los detalles<sup>2</sup>.

En definitiva, al leer el trabajo *Cartografía de las movilizaciones por la educación en Colombia 1998-2007*, nos queda la sensación de haber leído un texto soso, lleno de prejuicios políticos y con más consignas que argumentos, en el cual no hay un retrato humano, vivo, de los maestros como actores sociales y políticos en un entorno de exclusión, como es el que se inauguró con el Frente Nacional en 1959. En poco complementa la lograda investigación *Los maestros colombianos* (1986), del sociólogo Rodrigo Parra Sandoval.

Más allá de protestas y movilizaciones, nos queda la convicción de que ser maestro en Colombia –parodiando a Borges en “Ulrica”– todavía es un acto de fe.

**Carlos Sánchez Lozano**

2. El papel en que está impreso el libro es contaminante y la selección de la fuente tipográfica afecta la lecturabilidad.